

LA CAIDA DE SPINOLA

El tercer golpe de Spínola ha fracasado; le ha costado el poder. Era un golpe de Estado, podía haber sido una guerra civil. La manifestación de la «mayoría silenciosa» preparada para el sábado pasado debía estar simultaneada con otros acontecimientos: la detención del primer ministro, Vasco Gonçalves, y de otros ministros; quizá el asesinato: frente a la casa de Vasco Gonçalves se ha descubierto un fusil de mira telescópica y se ha detenido a siete personas, entre ellas un tirador de primera clase. Sobre el Movimiento de las Fuerzas Armadas pesaba como una losa de contención el General Spínola. Ahora, la situación ha pasado enteramente a manos de la izquierda, y la presidencia de la República, a Costa Gomes, jefe del Estado Mayor y afecto a la idea general de la izquierda de renovación total de estructuras.

El primer golpe de Spínola fue el que le llevó a ocupar la cabeza del movimiento antifascista del 25 de abril. Spínola, con la reciente aureola de su destitución por Caetano, con su libro programático «Portugal y el futuro», en el que esbozaba una situación militar para los problemas coloniales, con sus relaciones amistosas —y de intereses— con el alto capital, resultaba el centro de una serie de tendencias cuyo denominador común era el deseo de liquidar la larga aventura ultramarina, llegada a un punto imposible y a un desgaste económico impresionante, y también a la sustitución de un régimen autocrático de medio siglo de duración por otro abierto y democrático. Este denominador común ofrecía, sin embargo, numerosos matices. La descolonización, vista por la izquierda como un abandono puro y simple de las colonias que debían ser entregadas a los movimientos de liberación, aparecía para la derecha como una lenta elaboración de estructuras que permitiesen una relativa interdependencia, en forma de federación o en otra forma cualquiera, por la cual Portugal mantuviese una estrecha colaboración económica que permitiese la continuación de sus estructuras en los países liberados. En lo interior, si la izquierda patrocinaba una apertura sin límites para todos los partidos y todas las tendencias, la derecha pretendía una democracia formal, rígida, con un sistema de exclusión de la coalición de socialistas y comunistas del poder (aun con la apertura de tentaciones al partido socialista para que formase parte del gobierno, abandonando a los comunistas) y una legislación que mantuviese a los sindicatos reprimidos y las huelgas prohibidas o limitadas. En los dos casos, Spínola adoptaba la posición de la derecha y, en general, también los miembros de la Junta. Pero el Movimiento de Fuerzas Armadas, dominado por los capitanes y comandantes alzados el 25 de

abril, buscaba la amplitud revolucionaria. Spínola intentó dar su segundo golpe después con el apoyo a Palma Carlos (o con el apoyo de Palma Carlos): consistía en un referéndum para la presidencia de la República, de forma que Spínola, elegido ya por el pueblo, y no designado por la Junta, como lo estaba, fuera inamovible de su cargo (salvo golpe de Estado), y los poderes del presidente del Consejo quedaran reforzados, hasta el punto de que éste pudiese abrir una crisis gubernamental y formar un gobierno con exclusión de los comunistas, y si los socialistas aceptan continuar, con los socialistas; si no, sin ellos. Este gobierno debía mantener una censura de prensa, una ley antihuelgas y un sistema represivo hasta las elecciones legislativas del mes de marzo; pero de aquí a marzo debía maniobrar con la ley electoral de forma que la izquierda no tuviera mayoría en la Asamblea. El intento falló por la presión del Movimiento de Fuerzas Armadas o por la mayoría de éste (puesto que en el seno de este grupo, entre los aproximadamente trescientos oficiales brotados del Movimiento del 25 de abril, hay también diferencias); Palma Carlos dimitió y fue nombrado jefe del gobierno Vasco Gonçalves, de la izquierda, con un gobierno de centroizquierda, pero más cargado sobre esta última. Ha seguido un tiempo difícil. Un tiempo en el que la descolonización ha progresado, se ha cumplido en Guinea y Mozambique, no sin movimientos de fuerza opuestos; y en el interior, el gobierno ha seguido una política de contención de las reivindicaciones sociales para evitar una situación caótica; el partido comunista y los dirigentes sindicales socialistas y comunistas han sido los que más han insistido en la «huelga meditada», en aquella a la que sólo se ha de llegar como última arma después de agotadas todas las demás.

SPINOLA y la derecha no han cesado en su acción. La fecha de la resurrección de la derecha, y no sólo de la derecha «moderna» brotada a partir del 25 de abril, sino también de la derecha salazarista y caetanista, se fija en el 10 de septiembre. Ese día, el General Spínola pronunció un discurso con motivo de la independencia de Guinea. Spínola lanzó en primer lugar la idea de que la independencia de Angola —la última que queda por entregar— se dejase pendiente de un referéndum, a celebrar dentro de dos años; es decir, en contra de las actuales líneas del gobierno y de las negociaciones que está llevando a cabo Mario Soares, ministro de Asuntos Exteriores. Pero Spínola dio un paso adelante en la política interior al convocar a la «mayoría silenciosa». «La mayoría silenciosa del pueblo portugués debe despertarse y defenderse activamente contra los extremistas totalitarios que luchan en la sombra,



Tanques del ejército tomaron posición en torno al palacio presidencial, residencia de Spínola.



El último saludo al público de Spínola como presidente de la República: en la plaza de toros de Lisboa, donde comenzaron los disturbios de la derecha. A su izquierda, el general Galvão de Melo, que el lunes fue sacado del hotel Shretaton de Lisboa, protegido de la multitud por el Ejército; a su derecha, el primer ministro, Vasco Gonçalves, que ha ganado la prueba de fuerza.

utilizando métodos bien conocidos para manipular a las masas». Frase bastante ambigua, pero rápidamente traducida en Portugal: las fuerzas que tenían que «despertar» eran las de la derecha, llamada mayoría silenciosa con una fórmula ya clásica en otros países, y las fuerzas a batir eran las de la izquierda. Para el Movimiento Democrático Portugués (izquierda), la «mayoría silenciosa» es «una minoría tenebrosa que dispone de mucho dinero y está dispuesta a utilizar todos los medios para combatir la democracia». Más tarde, el diario «República» definiría en un editorial la «mayoría silenciosa». En los países no democráticos —decía—, la mayoría no es silenciosa, sino que es silenciada; no es neutral, sino que está neutralizada. Y más que mayoría es la casi totalidad de la población. Es una consecuencia «de los resultados del oscurantismo, de la proclamación sistemática de la "verdad oficial", del aislamiento cultural, de la mixtificación de los discursos, de la prensa, de los esquemas y de los sermones». En Portugal, a los cinco meses de la liberación de «medio siglo de opresión y de catequización fascistas», sólo han ganado voz «aquéllos que por miedo se callaban» y sólo han tomado conciencia «los que luego vieron la verdad»; pero todavía es muy grande la mayoría silenciosa, incluso sin contar con los que continúan siendo fascistas y mantienen «un silencio cauteloso, pero de ninguna manera inactivo»; la mayoría silenciosa sufre aún los efectos de la «polución mental» que durante cuarenta y ocho años convenció al pueblo de que la política «era el sacrificio» de algunos y el «pecado» de todos los demás que se negaban a vestir el uniforme de las ideas cortado por aquéllos. Es urgente, en efecto, despertar a esa mayoría silenciosa incluso para la supervivencia de esa mayoría como base de una democracia; «urge impedir que esa mayoría sea utilizada, arrebatada y expedita para las plazas a las que ya tantas veces llegó «espontáneamente» empujada por los caciques de Salazar y Caetano.

CUANDO este editorial se publicaba (21 de septiembre), ya estaba en marcha la operación de «empujar» a las plazas a la mayoría silenciosa. A la voz de Spínola se había convocado una inmensa manifestación, prevista para el sábado pasado, precisamente ante la Presidencia de la República. Los periódicos comenzaron a denunciar, igual que los partidos políticos, lo que había detrás de esa manifestación: los elementos de la derecha más cerrada. Se daba dinero en los pueblos para que las gentes acudieran a una manifestación, presentada solamente como de apoyo a Spínola y al Movimiento de Fuerzas Armadas, y se ponían coches, autocares y camiones para su transporte (precisamente, el sistema de las grandes manifestaciones de masas del salazarismo). Los medios económicos no faltaban: por las noches, avionetas (alguna de propiedad particular) lanzaban octavillas sobre la capital y los muros de Lisboa han ido apareciendo cada mañana con carteles igualmente equívocos convocando a la manifestación: es decir, conteniendo solamente frases de apoyo a Spínola y al Movimiento. Según los partidos de la izquierda, todo estaba organizado por agentes de la antigua PIDE expertos en esta clase de manifestaciones, por miembros de la Legión Portuguesa (disuelta el 25 de abril) y del partido de acción popular, salazarista, disuelto también.

SEGUN se dice, la manifestación estaba destinada a acabar el mismo día con el actual gobierno. Spínola debía mandar detener al actual jefe del gobierno (se asegura que dio la orden, pero no fue cumplida), que incluso podía ser asesinado (ha circulado el rumor de que frente a la casa del primer ministro se encontró un fusil con mira telescópica, semejante al que mató a Kennedy). El viernes hubo una especie de ensayo general: con ocasión de una corrida de toros, las fuerzas de la «mayoría silenciosa» compraron las tres cuartas partes de la plaza. Debía acudir a la corrida —de carácter benéfico— el presidente Spínola y el jefe del gobierno, Vasco Gonçalves. Y efectivamente la manifestación comenzó con gritos de apoyo a Spínola y mueras a Vasco Gonçalves: en el mismo palco presidencial, los dos hombres mantuvieron una discusión cerrada. A la salida de la plaza hubo encuentros entre grupos de izquierda y de derecha que presagaban lo que podía ser la manifestación del día siguiente.

PERO la manifestación no se celebró. No fueron precisas las barricadas que los partidos políticos habían levantado en las principales carreteras de acceso a Lisboa: el Movimiento de Fuerzas Armadas la prohibió y presionó al propio Spínola para que la prohibiese. El Movimiento tomó decisiones drásticas: cerrar las emisoras de radio, impedir la salida de los periódicos, detener a un cierto número de personalidades de la derecha (según cifras oficiales, 75; según las extraoficiales, más de 300). Entre ellos, generales (como el ultra Kauza de Arriaga), ex ministros salazaristas (el no menos ultra Franco Nogueira), organizadores de partidos de la derecha... Han aparecido armas en algún vehículo de los que intentaban manifestarse, en algún domicilio se habla de tiroteo, incluso de dos muertos...

PERO Spínola no desarma. El discurso de despedida del poder no es una confesión de fracaso, sino un banderín de enganche para que todas las derechas continúen la lucha, y contiene acusaciones graves para el gobierno, los partidos (naturalmente, el peso de la acusación es para socialistas y comunistas), y sigue proclamándose el verdadero portador del espíritu del 25 de abril.

PERO aun con esa arrogancia y esa incorporación a la resistencia, la caída de Spínola es el producto de un error gravísimo: el de haber medido mal sus fuerzas en comparación con las de los militares jóvenes y las del general Costa Gomes. A cinco meses de las elecciones legislativas, la derecha portuguesa hubiese hecho muy bien en contener sus exaltaciones y esperar que una vía democrática la diera un poder posible, incluso bastante posible. Ahora ha perdido una batalla muy importante y ha perdido el futuro inmediato. De todas formas, la brecha queda abierta y los meses próximos no será fáciles para un gobierno que ahora ya no puede retroceder ni acusar de sabotaje o de retraso político a nadie: el poder está en sus manos, y si quiere conservarlo tendrá que ser radical y rápido en las medidas que adopte, sobre todo en el campo económico. ■